

La utopía cristiana se resiste a morir

(XIX Congreso de Teología,
Madrid 9-11 septiembre 1999)

José Gómez Caffarena*

HA dejado de hablarse de ellos, pero los Congresos convocados por la Asociación de Teólogos Juan XXIII no han dejado de tenerse cada mes de septiembre. Los últimos, en el salón de Comisiones Obreras (Lope de Vega 40), facilitado sin condiciones. En el de este año ha subido el número de matriculados hasta superar los 1.200. Su tema, «*El Cristianismo ante el siglo XXI*», es hoy de todos; no así el enfoque peculiar. Se añadía: «Una mirada nueva». Pero se trataba de la mirada cristiana de siempre, que quizá, en nuestro momento de euforia europeísta y economicista («¡España va bien!»), resulta nueva hasta para los cristianos. Es novedad del Evangelio, pero sigue siendo nueva para el siglo XXI.

Se empezó con voluntad de unir utopía con realismo. Jorge Riechmann

* Profesor (emérito) de Filosofía de la religión. Madrid.

habló de «Hacia un desarrollo sostenible y solidario»: utopía no puede querer decir ensoñación abstracta. Pero es la misma visión realista integral del planeta la que pide un urgente retorno a la utopía –¡si aspiramos a que transcurra íntegro el siglo XXI!– Claro es, eso sólo en la medida en que preocupen todos los humanos y, en concreto, los que vayan a venir tras nosotros. Porque la utopía es esencialmente solidaria. Pero ¿no es esto de la misma entraña de lo cristiano?

Se quiso abrir un oído a la rica aportación, consonante, de otras religiones. Se dio especial atención a colectivos desprivilegiados. Se entrevió, como novedad real y esperanzadora para el viejo cristianismo europeo, la nueva presencia de las mujeres. Y se pasó revista a la situación del «Cristianismo ante el siglo XXI» en otros continentes (África, Asia, América Latina). Donde, como podía esperarse, apareció una gran diversidad: la de las complejas y tan diversas historias y realidades, tamizada además por los templos de quienes hablaban no sólo de ellas sino *desde ellas* (Jean Madangi y Fidel Podga, Raimon Panikkar, Jon Sobrino).

Este contraste llenó todo el denso final; y se enriqueció aún más con un contrapunto muy oportuno: la voz de la ética, aportada por Victoria Camps. La sobriedad ilustrada marcaba una fuerte diferencia con las tonalidades místicas –entre sí también diversas– de quienes hablaban desde un fondo religioso. Pero sólo la visión superficial, trivializadora, de reseñas de prensa ha podido poner en anécdotas de ese contraste lo relevante. Por el contrario, se dio una gran convergencia de hecho en lo que es la base humana de la demanda utópica: la universalidad ética.

Fue interesante que, como apareció en el diálogo en «mesa redonda» entre Jon Sobrino, Raimon Panikkar y Victoria Camps, la universalidad resultara más clara para la mente ilustrada (¡que hubiéramos pensado más perpleja!) y menos para la religiosidad sensible al pluralismo cultural asiático. Pero pudo quedar claro, en todo caso, que la utopía cuenta con un *nihil obstat* de la reflexión ética ilustrada; los «peros» que ésta encuentra a lo religioso siguen proviniendo de los graves quistes antiutópicos contraídos por lo religioso en una historia poco fiel. Y lo que la religiosidad, sobre todo la cristiana, añade quizá a la ética se puede cifrar en lo que Jon Sobrino gusta llamar «el principio misericordia». Ello aclara, sin duda, la esencialidad cristiana de la preocupación por los pobres y el consiguiente subrayado de la dimensión utópica.

La celebración eucarística con la que, según tradición, se cerró el Congreso rebosó generosa exaltación de la utopía. En un marco expresivo

africano (con procesión del celebrante, cantos con tan-tan, ofrendas simbólicas), el recuerdo-mandato de Jesús volcaba a los asistentes hacia *los pobres de toda la Tierra*; exigiendo una reorientación de su actitud cristiana y eclesial. El aspecto de denuncia (parte inevitable de la utopía) no quitaba su primado al aspecto esperanzado en esa exigencia. Si algo unía, era la esperanza en que el anuncio jesuano del Reinado de Dios sigue teniendo vigencia. Cuando el «pensamiento único» parece haber matado tantas utopías, imponiendo un tipo de desarrollo de distribución crecientemente injusta y ecológicamente fatal, la utopía se resiste a morir y se acoge al seno de una religiosidad cristiana que reencuentra así sus raíces y, desde ellas, se siente hermanada con otras religiosidades y éticas humanistas.

Se me ocurre apostillar mi reseña con las siguientes reflexiones críticas. Esperar la vida eterna de los humanos implica esperar también una historia digna para todos. Quien apuesta por ella ha de ser consciente de que no basta con el proyecto utópico; no podrá ahorrarse el arduo trabajo (técnico, social, político) de las mediaciones. Pero hundirse en éstas, olvidando la utopía, es un error fatal que amenaza a nuestras sociedades. Y para el Cristianismo —para el verdadero Cristianismo— un olvido así creo que significaría simplemente la muerte.

Pero no querría arrogarme la palabra final. Mi tan breve reseña puede bien aclararse con el «*mensaje del Congreso*», leído al terminar por su redactor, ese gran mantenedor de la esperanza que es entre nosotros José María Díez-Alegría. Hay que conceder que el texto tiene acentos específicos de los teólogos presentes. Aun así, refleja el espíritu del grupo: un recelo no leve a que el triunfalismo de una «evangelización» verbal, sobre todo si va ligada a concreciones morales secundarias, distraiga del *compromiso por la utopía evangélica*, que es el más auténtico e indispensable anuncio de «buena noticia».

El cristianismo ante el siglo XXI

(Mensaje del XIX Congreso de Teología)

1. **LOS** cristianos tenemos que procurar limpiar nuestros ojos para ver con claridad lo que somos, lo que es la realidad humana en nuestro tiempo, y lo que podemos intentar hacer para ser fieles (aquí y ahora) al legado de Jesús de Nazaret.

2. Lo primero que necesitamos es una gran cura de humildad. Lo que Jesús proclamó, era un Reino (o Reinado) de Dios, que iba a ser una buena

noticia (evangelio) para los pobres. Pero, después de dos mil años, eso no lo prefigura ni lo significa la ecumene cristiana (el conjunto de las iglesias cristianas) y menos aún la iglesia católica romana sola.

3. Jesús dijo que no se puede servir a Dios y al dinero, pero la iglesia en conjunto y estructuralmente ha intentado con demasiado éxito desarticular esta antítesis.

4. En el diálogo ecuménico interreligioso e interhumano, los cristianos deberían hablar siempre con una actitud fraterna, sin arrogarse un papel de «maestros» del mundo, sino de modestos buscadores de la verdad. Y esto es tanto más necesario, cuanto más deficiente es nuestro seguimiento de Jesús, el de cada uno y el del conjunto de las iglesias. Esto deberían tenerlo más en cuenta los Papas, sobre todo cuando se dirigen a toda la humanidad.

5. La magnitud cuantitativa de las iglesias cristianas hoy existentes se debe, en buena parte, a que, en los siglos en que se formó históricamente la cristiandad, hubo una negación sistemática de los derechos fundamentales de libertad de conciencia y de religión. A mantener una situación de inflación del número estadístico de católicos contribuye la costumbre (reforzada por el Código de Derecho Canónico) de bautizar a los niños en la primera infancia. Por tanto, la disminución numérica de los cristianos no es un problema fundamental. El problema es mejorar la calidad.

6. En la humanidad y en la historia ha habido, hay y, posiblemente, habrá siempre un pluralismo ético. Sin embargo, parece que, en las valoraciones morales de la gente sincera de diversas situaciones y culturas, hay una cierta tendencia a la unidad. Esta dialéctica de pluralismo y convergencia que hay en el reino de lo ético, que es el de la dignidad y verdadera libertad, está invitando a los seres humanos al diálogo de conciencias, hacia la búsqueda común de un programa moral. Los cristianos, unidos a los demás, deben buscar la verdad práctica y tratar de resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad.

7. Los católicos (y también sus responsables pastorales, incluso en el escalón más alto) no son unos señores que están en posesión de una moral estáticamente coagulada, definida o que hay que definir de una vez para siempre, y que deben tratar de imponer a todos, incluso mediante instrumentos legales coactivos, porque ésa es la verdad objetiva. En la humanidad todos somos buscadores de la verdad *práctica*, y nunca hemos llegado hasta el final.

8. Lo más sustantivo de la contribución cristiana a la cultura ética mundial debería ser el testimonio práctico de una identificación visceral con la causa de los pobres, el reconocimiento efectivo de la dignidad de la mujer y

de su igualdad de derechos con el varón, el fomento de la buena causa del desarme mundial y de la paz, y el respeto ecológico a la naturaleza. Pero nosotros, los cristianos reales de carne y hueso, somos tan deficientes en todo eso que deberemos esforzarnos en hacer, más que en decir: presentarnos como modestos dialogantes, que buscan avanzar con todos hacia una calidad mejor y más plena de la vida moral de los seres humanos.

9. Según el parecer de un gran teólogo cristiano del siglo XX, Dietrich Bonhoeffer, la gran utopía eclesial para el futuro sería una comunidad jesuánica que renace a base de callar, hacer la justicia y orar.